
BIO/ONTOLOGÍAS DEL SIGLO XXI: FEMINISMOS, INTERVENCIONES Y RESISTENCIAS

SIOBHAN GUERRERO MC MANUS
LEAH MUÑOZ CONTRERAS

Cuando *Ludus Vitalis* expresó su interés por gestar un foro en torno a la pregunta de a quién le interesaría pensar —y por qué razón— las relaciones entre las ciencias de la vida, por un lado, y la filosofía, la historia y la teoría social, por otro, nuestra respuesta inmediata fue: “a los feminismos”. Nos pareció, en este sentido, que esta respuesta expresaba la necesidad de tejer puentes no únicamente entre saberes humanísticos y saberes emanados de las así llamadas ciencias naturales, sino que esta afirmación implicaba también un diagnóstico en torno al momento en que vivimos y los panoramas futuros que se avecinan. Creemos que las filosofías feministas ofrecen recursos importantes para atender a ambas tareas, la de diagnosticar los retos que enfrentamos y la de proporcionar posibles soluciones.

Consideramos que esto es así, pues vivimos en una época en la cual los bioconceptos se han vuelto herramientas indispensables para describir la profunda imbricación tecnopolítica y hermenéutica entre las biociencias y las vidas de millones de personas alrededor del mundo. Aunado a lo anterior, habría que decir que hoy en día el conocimiento emanado de las biociencias ha traído consigo una nueva forma de conceptualizar lo vivo, pero no sólo eso, también ha implicado la reconfiguración material de dicho mundo. Se alteran las lógicas moleculares de los cuerpos, se alteran genomas, se alteran redes ecológicas y ecosistemas completos. Esto ocurre de la mano de ciencias como la geoingeniería, la biología de sistemas o la biología sintética.

El cuerpo humano, desde luego, que no ha estado exento de ambos tipos de reconfiguraciones, tanto conceptuales como materiales. En este sentido las biociencias nos han enseñado que el cuerpo humano no está determinado por el genoma ni está causalmente cerrado. Está, por el contrario, abierto, en constante desarrollo y socialmente situado. Este cuerpo es, a un mismo tiempo, un cuerpo materialmente dúctil y socialmente intervenible a través de sus múltiples facetas. Un cuerpo cuya vulnerabilidad o potenciación a la luz de estas nuevas tecnologías está aún por definirse.

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México. / siobhanfgm@gmail.com
Facultad de Ciencias, UNAM.

Los nuevos materialismos feministas han sido pioneros en el reconocimiento de este nuevo momento en la historia de la ciencia y la tecnología. Herederos como son de las viejas epistemologías feministas, han sin embargo reconocido la necesidad de atender a la materialidad misma de las intervenciones descritas y no únicamente a su dimensión discursiva. Atender así las dimensiones materiales, sociales y simbólicas de la vida.

De esta nueva ontología biosocial del cuerpo se desprende una serie de reflexiones sobre el carácter biosocial de lo humano, de tal forma que todo intento de transformar la sociedad en una más justa necesariamente tiene que atender a las formas en que se entreteje esta biosocialidad. De allí que los feminismos resulten aliados indispensables para atender tanto a las dimensiones epistémicas como políticas que estas nuevas bio/ontologías nos presentan.

Ello es así ya que el biopoder, descrito originalmente por Michel Foucault como una nueva forma de gestionar el Estado al focalizarse en la población como fenómeno biológico (Marks, 2008), ha dado lugar a arreglos sociales en los cuales no basta ya con hablar de biopolítica, sino que es menester abordar estas nuevas dimensiones y cruces entre la ciencia, la tecnología y la vida. Atender, por ejemplo, al así llamado biocapitalismo e incluso, a nuevas formas de biosocialidad cuyas subjetividades acompañantes hacen descansar su coherencia ontológica en los discursos biológicos.

Estos bioconceptos nombrarían de este modo la profunda penetración cultural, política y económica de las biociencias. Ya sea, como en el caso de la biopolítica, al referir a la lógica de hacer vivir y dejar morir a poblaciones enteras que habitan un territorio y que, como parte de la lógica soberana de los Estados modernos, son administradas por éstos bajo racionalidades estratégicas que producen sujetos disciplinados y funcionales a través de instituciones varias como la prisión, la escuela, el hospital, el asilo psiquiátrico, etc. O, paradójicamente, a través de una forma oximóricamente consustancial a la biopolítica, aunque en su nombre mismo parezca encarnar su negación: hablamos aquí de la “necropolítica” (Mbembe, 2008). Este último bioconcepto nombraría una forma de gubernamentalidad en la cual la soberanía del Estado sobre un territorio se ejerce a través de tecnologías de la muerte, tecnologías bélicas que, como sus contrapartes, engendran también sujetos disciplinarios.

Estas lógicas bionecropolíticas han intensificado su capacidad de intervención gracias a desarrollos tecnológicos como la así llamada convergencia NBIC —o convergencia tecnológica entre las nanociencias, biociencias, ciencias de la información y ciencias cognitivas— pero su capacidad no emana exclusivamente de la forma en la cual añaden nuevas escalas al biopoder —la escala nano— sino del *hype* que generan, esto es, de su enorme

promesa para cambiar al mundo y, con ello, de su capacidad para gestar nuevas narrativas acerca de las potencias mismas de la ciencia.

Potencias que hoy prometen formas de conocer el futuro, el pasado, los cuerpos o, incluso, lo meramente posible, con la garantía de que dichos conocimientos serán más auténticos y también más eficaces en su capacidad de descubrir lo oculto, de revelar lo desconocido, así como de evitar lo indeseable —quizás al costo de engendrar nuevos discursos patologizadores. Estas promesas, algunas cumplidas, otras en proceso de cumplirse y otras quizás irrealizables, han sin embargo trastocado las formas mismas en que los grupos sociales se comprenden y legitiman. Así, la biosocialidad nombra hoy esa dinámica en la cual la ancestría y pertenencia a diversos grupos queda supeditada a la verificación biológica.

Ahora bien, este fenómeno no es exclusivo de categorías ya de por sí biologizadas, como la raza o el género, sino de muy diversas formas sociales de ser persona e, incluso, de ser ciudadano. Se habla hoy en día de biocidadanías, no porque se apueste por la creencia de que la nacionalidad es genética sino porque los marcadores de identidad se han desplazado al nivel molecular-biológico, porque la acreditación misma del carácter de ciudadano y la capacidad asociada de ejercer ciertos derechos descansa cada vez más en la autenticación biológica de quien se dice ser.

Valga aquí otro ejemplo que viene de la mano de otro bioconcepto. El término “biomedicalización” nombra una nueva etapa, tanto en la historia de la biopolítica y la forma en la cual ésta implicó la medicalización de las sociedades occidentales, como en las configuraciones mismas de la medicina. A diferencia de la medicina de mediados del siglo pasado, hoy tenemos discursos médicos en los cuales las nuevas tecnologías juegan un papel cada vez más destacado. No sólo esto ha cambiado sino también la propia autoridad del médico, hoy mucho más distribuida en redes de expertos auxiliares. Y, claro está, hay un cambio mismo, tanto en el discurso médico como en la institución médica, que acompaña a este nuevo término. La medicina actual le da un lugar preponderante al manejo del riesgo, tanto a nivel discurso con las nuevas medicinas preventivas como a nivel financiero con la llegada de aseguradoras y lógicas económicas donde la salud cesa de ser un derecho y se convierte en una mercancía.

Desde luego, todos estos cambios son parte quizás del mayor cambio producido por las biociencias. Algunos estudiosos hablan incluso de un biocapitalismo —sin duda la cara económica de la biopolítica— en el cual la vida misma se hiper-subsume a las lógicas del capital (Guerra, 2009). No ya a través de la venta del trabajo corporal sino con la venta misma de lo vivo: de órganos, de partes corporales, de tejidos, de información genética, de rutas metabólicas, etc.

Los bioconceptos ilustran de este modo un nuevo aparato conceptual en ciencias sociales y humanas porque permiten expresar una serie de

nuevas articulaciones entre las biociencias y las sociedades en las cuales están embebidas. El feminismo, que históricamente ha sospechado del papel patriarcal y legitimador del *status quo* que han tenido las biociencias, es sin duda hoy en día una herramienta fundamental si buscamos que las nuevas biociencias ayuden a generar recuentos emancipadores sobre el género, la sexualidad, la enfermedad y la forma de habitar el planeta.

Por todo lo anterior es que nos parece que los feminismos serían algunos de los interlocutores más evidentes ante la pregunta con la cual abrimos este ensayo. Ello por tres razones. Primero, por el interés que históricamente han tenido los feminismos en la capacidad que tienen las ciencias de fungir como hermenéuticas del sujeto, como matrices de creación de nuevas subjetividades —y pensamos aquí en nuevas formas de ser sujeto, como el sujeto trans, pero también en cómo se reconfiguran la maternidad y la paternidad en la época de las tecnologías reproductiva. Segundo, porque los cambios antes descritos pueden exacerbar las iniquidades existentes entre hombres y mujeres; pueden, por ejemplo, conllevar la explotación de los cuerpos de las mujeres cuya capacidad de gestación se vuelva una mercancía que, a causa de la pobreza, se “venda” a falta de otras opciones de trabajo. Con todo, la tecnología hasta ahora descrita podría ser emancipadora, como lo soñó alguna vez Shulamith Firestone (1994). De allí que el feminismo no tenga una apuesta tecnófoba sino crítica ante estas promesas, rechazando la hipersubsumción, la necropolítica y el control exacerbado, y buscando fomentar tecnologías emancipadoras.

Tercero y último, porque las apuestas de los feminismos interseccionales aspiran a una sociedad justa y no únicamente en el plano del género sino también de la clase, la raza, la distinción urbano/rural, etc. Por eso es que su mirada crítica ante las nuevas realidades nombradas por los bioconceptos se vuelve una herramienta fundamental para evaluar críticamente el tiempo en que vivimos, sus promesas y también sus fuertes contradicciones.

REFERENCIAS

- Alaimo, S., Hekman, S., & Hekman, S. J. (Eds.). (2008), *Material Feminisms*. Bloomington: Indiana University Press.
- Firestone, S. (1994), “The dialectic of sex: The case for feminist revolution”. En Schneir, M. (Ed.). *Feminism in Our Time: The Essential Writings, World War II to the Present*. Nueva York: Vintage.
- Guerra, M. J. (2009). “Bioethics at stake: The challenge of corporate science and biocapitalism”. *IJFAB: International Journal of Feminist Approaches to Bioethics*, 2(1): 52-58.
- Marks, J. (2008). “Michel Foucault: biopolitics and biology”. En *Foucault in an age of terror* (pp. 88-105). London: Palgrave Macmillan.
- Mbembe, A. (2008). “Necropolitics”. En *Foucault in an Age of Terror* (pp. 152-182). London: Palgrave Macmillan.